

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 4 (1977)
Heft: 1

Artikel: Fête des Vignerons, Vevey 1977
Autor: [s.n.]
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-909225>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 03.04.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Asimismo el Instituto Tecnológico de las dos Basileas, en Murtentz, es una obra conjunta de ambas comunidades.

Maravilloso para excursiones

El Baselbiet abunda en lugares y cosas dignas de verse. A pesar de ello no tiene fama como verdadera región de excursiones y así la oleada turística internacional generalmente lo deja al margen, lo que permite a quienes gustan salir tranquilamente y sin ser molestados, realizar descubrimientos alejados de las grandes rutas.

El caminante hallará lugares realmente encantadores, ya sea que dirija sus pasos hacia el amable Birseck, lleno de castillos, o al alto Jura muy variado, o que prefiera las auténticas imágenes de las viejas aldeas, o, en fin, quiera entregarse a la magia particular del paisaje industrial en las riberas del Rin. Quien se interese por los asentamientos antiguos podrá satis-

facar su curiosidad en la parte superior del cantón, donde pueden verse aldeas casi intactas como las de Oltingen o Rothenfluh, en que cómodas y espaciosas casas de campesinos se agrupan en forma independiente alrededor de una iglesia medioeval con torre puntiaguda techada a dos aguas. O bien podrá encontrarse con aldeas-calle, edificadas a lo largo de antiguas rutas de pasaje y constituidas por una serie de casas adosadas una a la otra, de características semi-urbanas.

Los amantes de las artes y de la historia también se verán ampliamente gratificados en sus excursiones. El antiguo mundo romano resurgirá para ellos en las ruinas y excavaciones de Augusta Raurica, en las cercanías de la actual aldea de Augst, y en el Museo Romano allí existente; luego también en Munzach cerca de Liestal, donde uno puede formarse una buena idea de lo

que ha sido una granja romana. La grandeza feudal y religiosa de la edad media se revela a cada paso. En el Langenbruck se levanta el más antiguo edificio religioso del cantón, la iglesia conventual de Schönthal, que tiene uno de los pórticos romanos más antiguos de Suiza. Muchas iglesias, ya de por sí notables arquitectónicamente, poseen frescos del tardío medioevo, como las de Ziefen, Ormlingen y Oltingen. Los castillos y fortaleza son numerosos, existiendo entre ellos algunos habitados todavía como los de Wildstein y de Bottmingen, éste sobre una laguna. Un mundo muy particular de la época de los príncipes-obispos y de los canónigos, encuentra su expresión en el magnífico conjunto barroco de la plaza de la Catedral de Arlesheim.

Rudolf Suter. De la colección: "Die Kantone der Schweiz". Ediciones Panoramic

Fête des Vignerons, Vevey 1977



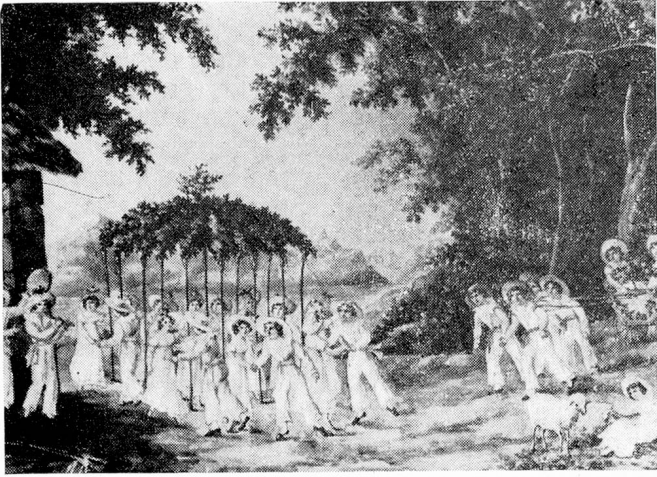
Los suizos del extranjero, como tantos ciudadanos que se labran una nueva vida en otro país, conservan, como parte de su herencia espiritual, cierto vocabulario de origen. Es así como, para muchos de ellos, palabras tales como "vendanges", "vendemmia" y "Winzerfest" tienen un valor de imagen: las asocian con follaje otoñal, la cosecha de la uva, el invierno que se aproxima. Pero, a no ser que sean hijos de la Riviera vaudense no sabrían lo que hace diferente una "Fête des Vignerons". La "Fête des Vignerons" se celebra en verano porque no es

una fiesta para ensalzar al vino sino a los viñadores, y esto, tradicionalmente, en una fecha precisa. La fiesta tiene sus orígenes en la tradición varias veces centenaria del control de la calidad, ejercido originariamente por la Abadía de St. Urban. Posteriormente estas funciones pasaron a una cofradía de laicos, la "Confrérie des vigneron", de Vevey, cuyo presidente todavía hoy ostenta el título de "Abad-presidente".

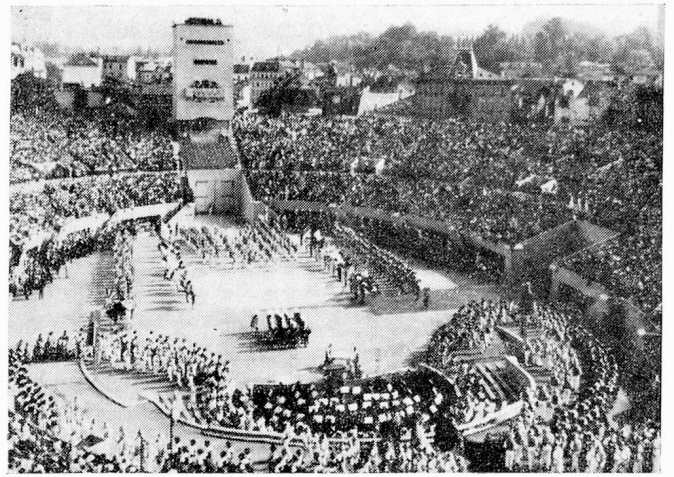
Las tareas del viñador comienzan en primavera con la roturación de la tierra, el atado y podado de los sarmientos y el tratamiento de los viñedos contra las plagas. Cuando en verano las plantas de la vid, convenientemente espaciadas y prolijamente alineadas en un suelo limpio de malezas, comienzan a desarrollar su racimos, el "trabajo" verdaderamente tal, del viñador, ha tocado a su fin. Es cierto que existen riesgos de granizos, heladas, tormentas y lluvias ex-

cesivas o sequías, o de la aparición rezagada de parásitos, en cuyo caso el viñador hará lo que esté a su alcance, pero todo cuanto suceda después de la fecha arriba citada como fin del trabajo propiamente dicho, será entonces un revés de la fortuna, donde poco o nada cuentan los cuidados prodigados a la viña. Lo que la Cofradía juzga y premia es el trabajo del viñador y no la calidad de la cosecha recogida durante el otoño. Los premios, medidos en dinero, no son elevados. Sólo unos pocos obtuvieron premios que superaron los mil francos la última vez. Lo que vale es el honor.

Otra particularidad de estas recompensas que datan de la edad media, es que no se adjudican al propietario del viñedo sino al "vigneron-tacheron", al hombre que trabaja en el viñedo, empleado o arrendatario. Del propietario se espera que, por el contrario, duplique la suma donada por la Cofradía y pague a



En la Fiesta de 1833: Danza de los niños de primavera.



Fiesta de 1955: Entrada de los "Conjuntos"; en primer plano la orquesta.

su vez un importe equivalente al viñador premiado.

El control de la calidad sigue efectuándose también en la actualidad cada tres años. Pero la fiesta que originariamente lo acompañaba ya no se celebra en todas estas ocasiones. La misma ya había adquirido proporciones demasiado grandes hace 200 años atrás.

Originariamente se realizaba un desfile y una comida al aire libre, sobre el césped. Dos acontecimientos, ambos franceses, influyeron más tarde para dar un nuevo giro a la fiesta. El primero fue grato. En efecto en el siglo 18 fueron re-descubiertas las tradiciones de la antigua Grecia, su mitología y sus divinidades. Los desfiles que acompañaban la entrega de los premios se transformaron. Participantes con túnicas al estilo de los dioses griegos empezaron a recitar y cantar los versos y las composiciones de los poetas y músicos aficionados de la región, deteniéndose aquí y allá, donde hubiera suficientes espectadores. Esto indujo a los organizadores del desfile a concentrar este tipo de manifestaciones, que demandaban mucho tiempo, al final del cortejo, que terminaba en la Plaza del mercado. El resultado lógico fue que el público se inclinó hacia estos espectáculos, dando lugar a que se levantaran en la Plaza del

mercado, primeramente, arcos de triunfo y algunas rampas, y posteriormente verdaderas tribunas. El segundo acontecimiento que hemos mencionado, menos grato, por lo menos para los vecinos de Francia y el orden social constituido de los mismos, lo fue la Revolución francesa. La misma ya se había producido cuando en 1797 todos los oradores de una Fiesta especialmente exitosa, aún elevaron sus loas a la seguridad y prosperidad de su época... pero un año después los ejércitos de la revolución ocuparon a la vieja Confederación Helvética. Es así como los componentes de la Cofradía de los Vendimadores de Vevey sólo en 1819 volvieron a tener tiempo, aliento y dinero para celebrar una nueva Fiesta. Fue tal el éxito de la misma, que los organizadores comenzaron a reflexionar sobre las ventajas de celebrarlas espaciadas en el tiempo, para acrecentar las expectativas populares. Esto dio lugar a que hubiera más voluntarios para los espectáculos y aumentara el público asistente a los mismos. No existió al respecto ningún plan definido, pero la costumbre de realizar las "Fêtes" en fechas más espaciadas entre sí, había nacido. Otro factor que influyó en ese sentido fue que ya anteriormente los organizadores habían encontrado algo pobre las obras de los

aficionados locales, decidiéndose por lo tanto a encomendar los libretos, la música y los vestuarios a profesionales en la materia.

Durante el siglo 19, hubo fiestas en los años 1819, 1833, 1851, 1865 y 1889. En el año 1889 ya existía en la Plaza del mercado de Vevey una tribuna para 12.000 espectadores y se habían programado cuatro espectáculos, pero el entusiasmo y la afluencia de público fue tal que hubo que agregar una quinta representación.

La nómina de los que cada vez crearon un nuevo festival es verdaderamente una página de la historia teatral y musical suiza: Hugo von Senger, Gustave Doret, Carlo Hemmerling como compositores; René y Jean Morax del renombrado "Théâtre du Jorat" fueron los autores del libreto y el vestuario en 1905. En 1927 Pierre Girard escribió el texto y el conocido pintor Ernest Biéler creó los decorados y vestuarios. En 1955 existió una colaboración particularmente estrecha y fecunda entre el libretista Géó H. Blanc y el compositor Hemmerling, mientras que el pionero del teatro popular suizo Oskar Eberle dirigió el espectáculo escénico y las representaciones en que intervinieron grandes masas.

Para la "Fête" del año 1977 la música ha sido confiada a Jean

Balissat, cuyas composiciones y labor como Director de orquesta lo han hecho famoso más allá de nuestras fronteras. El libreto lo escribió Henri Debluë, una de las personalidades más vigorosas entre los autores teatrales de Suiza de habla francesa. La dirección estará a cargo de Jean Monod, ampliamente conocido como creador de escenografías y vestuarios. Y será Director de escena Charles Apothéoz, que en 1955 fue asistente de Eberle y que desde entonces se ha convertido en fuerza impulsora de una reforma teatral de la Suiza de habla francesa. ¿De qué trata, en el fondo, este festival?

Fundamentalmente de glorificar el desarrollo de las estaciones del año y la influencia de las mismas en el hombre y la naturaleza.

Lo esencial del espectáculo es cómo cada nueva generación de artistas agota, en el marco dado, las posibilidades del tema. El festival de 1927, por ejemplo, desarrollado en líneas muy folklóricas, dio una imagen libre de la cultura del mundo suizo de los pastores, que ya en aquella fecha correspondía más bien a una melancólica visión retrospectiva de la época romántica, más que a una realidad del presente. Pero por su unidad de concepción y su calidad musical este festival se convirtió en un gran éxito.

1955 fue el año del "Teatro" o mejor dicho de la Opera. Con el concurso de prestigiosas figuras profesionales de primera línea —bailarines, solistas de canto, etc.— se logró como punto culminante de las escenas de masas, magistralmente dirigidas por Eberle, una realización de jerarquía que asimismo, desde una perspectiva diferente, constituyó un éxito resonante.

La rivalidad de las dos tendencias —la que quería dar aún mayor prominencia al teatro, y la otra que propiciaba un retorno al festival popular— fue muy viva, en Vevey, cuando se trataron los pormenores de la nueva

fiesta. Triunfaron los que recomendaban un cambio.

La "Fête" de 1977 será, por lo tanto, otra vez diferente. Ya el desarrollo del ciclo de las estaciones empieza —contra lo habitual— con la primavera. El libretista Debluë, ve un ciclo de vida que trasciende la muerte. Luego de comenzar en primavera y obtener la madurez en verano, ve al otoño como época del sufrimiento, de la pasión: la planta se desnuda, los racimos son arrancados y el jugo de la uva fluye como sangre, marchando todo hacia el gran reposo del invierno, símbolo de la muerte. Pero el invierno es muerte sólo aparentemente: la cepa extrae misteriosamente nuevas fuerzas vitales de la tierra helada, y la sangre del racimo fermenta en el barril convirtiéndose en el nuevo vino del nuevo año. Un coro de niños, en la Pascua, pone finalmente sobre el contenido animista del espectáculo, la dimensión de la esperanza cristiana de la resurrección. En cuanto a la música no hay un plan obligatorio, pero sí piezas que obligatoriamente deben ejecutarse: las melodías de éxito de los festivales precedentes. El compositor Balissat está encantado. Esas melodías tradicionales le proporcionan el punto de arranque para sus nuevas composiciones igualmente fáci-



les para cantar, y a partir de las cuales ha previsto pasar a orquestaciones más densas y exigentes en otras partes del espectáculo. La agricultura mecanizada será representada mediante gigantescas ruedas en las que actuarán gimnastas desarrollando números artísticos, con el agregado de música electrónica. Quienes tuvieron la oportunidad de oír la composición completa de Balissat están unánimemente impresionados por la síntesis que ha logrado entre lo tradicional y lo moderno. Lo mismo debe decirse de Monod, el creador de los vestuarios y decorados. También él, retorna por un lado a la tradición y los trajes típicos populares, para pasar después, en las escenas simbólicas —carnaval, bailes báquicos— a lo moderno y casi abstracto. También fue suya la idea de abandonar la tradicional arena cerrada, para reemplazarla —inspirándose en los viñedos sobre las laderas que van en declive hacia el lago— con la construcción de un "Estadio", que ya no es tal, cuya parte norte, del lado de la ciudad, se eleva a 20 metros de altura y desde allí desciende con suave inclinación hasta la orilla del lago, a cuyo nivel tienen lugar los espectáculos, dejando libre para la vista, desde cualquier lugar de ubicación, el grandioso panorama del lago y de los Alpes.

Todos, el autor del texto, el compositor, el escenógrafo y el director de escena, coinciden: el espectáculo no debe ser una tradición glorificada, pero sí debe tener respeto por ella. El espectáculo debe satisfacer —así lo esperan sus organizadores— a un público que encuentra a sus dos extremos en los veteranos que, como muchos de ellos escriben, ya han presenciado los tres festivales de este siglo y han adquirido sus localidades para el cuarto, con un año de anticipación, y los jóvenes que se disponen a presenciar su primera "Fête des Vignerons" en Vevey en 1977.